

Este periódico se publicará en los días 1, 3, 5 de cada mes. En las grandes festividades que celebra la Iglesia saldrá un «Alcanace» el que se dará gratis á los suscriptores i miembros de la Sociedad Católica.



Se reciben las suscripciones en la tienda del Sr. Antonio Velez, calle 3.<sup>a</sup> del Comercio; el trimestre valdrá, por ahora, 3 rs. Se remiten á la casa de los socios, ó los abonados de esta capital, ó á los de fuera por el correo.

## EL INVESTIGADOR CATOLICO.

El órden es la primera lei de los Cielos.

NUM. 5.º

BOGOTA, 15 DE ABRIL DE 1858.

(TRIM. 1.º)

### PARTE RELIGIOSA.

#### LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

«El prodigio de la Resurrección de Jesucristo, dice el Ilmo. Fraissinous, es tan asombroso i decisivo, que nada ha olvidado la malicia para impugnar su realidad i oscurecer su esplendor. Este milagro sublime es el triunfo de la Religion de Jesucristo, su Divino Fundador; (1) i esta es la gran festividad que hoy celebra la Iglesia Católica, i á la que nosotros consagramos algunas líneas, temerosos siempre de la debilidad de nuestras fuerzas, aunque contando con los poderosos auxilios de la más privilegiada i la más santa de todas las causas.

«El Alma de Jesus, separada de su cuerpo, quedó siempre unida á la Divinidad, i fue siempre el Alma de un Dios. En esta calidad bajó Jesus en alma al infierno; esto es, al Limbo de los Justos allí bajó, como su Dios, i como su Libertador. Ya por mucho tiempo lo esperaban estas santas almas, i algunas, como la de Abel, desde el principio del mundo. Cuando ellas vieron esta Alma unida sustancialmente al Verbo de Dios, i que venia de padecer tantas tormentas i oprobios por su salvacion, ¿con qué júbilo la recibirían? ¿Con qué amor i sentimiento juntamente le ofrecerían los soberanos homenajes?»

El cuerpo de Jesus, bien que separado de su alma, estaba siempre como su alma unida á la Divinidad, i era siempre el cuerpo de un Dios digno, aunque en estado de muerte, de la adoracion de

los hombres i de los ángeles. Rindámosle nuestros más profundos homenajes; no solo porque es el cuerpo de un Dios, sino tambien porque por él se ha obrado nuestra salvacion; por él se nos ha manifestado Dios, i continúa á unirse á él, dándonos este cuerpo adorable por alimento en la Santa Eucaristía, en que lo recibimos todo de una vez, el Cuerpo, la Sangre, el Alma i la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Lo que más le importa saber al Cristiano, es que la Resurrección nos asegura de nuestra reconciliacion con Dios, i de nuestra justificacion; (2) que la Resurrección del Salvador es la prenda i el modelo de la nuestra, que como su cuerpo ha resucitado con los dotes de gloria, de agilidad, de sutileza, de impassibilidad i de inmortalidad, resucitarán tambien las nuestras, si morimos en su santa gracia: finalmente, que su Resurrección es el modelo de la resurrección de nuestras almas á la gracia; de manera que, como Jesus resucitando, toma una nueva vida, nosotros tambien vivamos una vida nueva; i que como Jesus ha resucitado, i ya no muere, nuestra conversion sea sincera, edificante i constante. (3)

Al acercarse el Espíritu Celestial, tembó la tierra, rompió con autoridad los sellos sepulcros que se habian puesto al sepulcro, i levantó sin esfuerzo la enorme piedra que cerraba la entrada. «I su aspecto era como un rayo, su vestido como nieve...» La blancura de este anunciaba á los amigos de Jesus el día afortunado que iba á resplandecer para ellos, i la solemnidad de la nueva Pascua que habian de celebrar; i este color de

(1) Defensa del Cristianismo, tomo 2.º

(2) Ad Rom, c. iv v. 25. (3) Ad Rom, c. vi v. 4.



ser el simbolo del candor de nuestras almas, i de la pureza de nuestros corazones; pero el aspecto ardiente que muestra sobre su rostro, anuncia el pudor de que está animado contra los enemigos de su Maestro. Representémonos á la mente este Angel, vestido de una forma humana como le agradó á él tomarla, sentado sobre la piedra del sepulcro con un aspecto terrible; arrojando rayos por miradas sobre la tumba que lo rodeaba. ¿Y quién podría sostener el fuego de sus ojos centelleantes, i el aspecto amenazador que se descubria en su rostro?

“Y por el miedo que tuvieron de él se espantaron los guardas, i quedaron como muertos...” Venid Sacerdotes, Escribas, i Fariseos, mirad á qué estado están reducidos los que vosotros habeis armado contra un muerto. Vuestro triunfo se acabó, i el suyo comienza en su sepulcro para verificar la palabra del Profeta, que dice: *i su sepulcro será glorioso*. Si los soldados no han muerto, si se les permite volver á levantarse, i huir de allí, es para que sepais de ellos mismos que habeis quedado vencidos; para que se vea vuestra vergüenza, i la gloria de Jesucristo, i cuanto teneis que temer de los ministros de su venganza.

“No tengo noticia de ese milagro,” dice el Ginebrino Juan Santiago, “ni de los demás, sino por hombres. ¿Quién ha visto tal milagro? Hombres. ¿Quién me lo refiere? Hombres. Siempre hombres entre Dios i yo! No era mas sencillo que me hablase el mismo Dios.”—Estas i otras sofisterias irreverentes, por no decir necias i ridiculas, han sido en todos tiempos pulverizadas por los mas eminentes oráculos de la Iglesia, i en nuestros dias, entre mil otros, por el sabio Obispo de Hermopolis. (4) Afectaba ignorar aquel insigne heresiarca las evidéntisimas pruebas de la Resurrección de Jesucristo. El verdadero Cristiano, empero, la cree por el testimonio de testigos irrecusables, bien instruidos del hecho i sinceros en su relación: la cree por la autoridad de los que al principio la creyeron del modo mas firme, i despues de la mayor meditacion; la cree á causa de la absurda suposicion que es forzoso hacer para no créerla, i en fin, la cree por la futilidad de las razones con que se la impugna.

Jesucristo murió en una Cruz como si fuera malhechor, i Jesucristo ha resucitado. Ved aquí dos hechos testificados, i publicados por los mismos testigos, que dicen que le han visto vivo despues de su muerte, i le han oido conversar, (5) sellando su testimonio con su sangre, i defendiéndolo en medio de los tormentos. Ved qué pruebas! ¿Unos testigos que se dejan degollar por sostener su declaracion! Los incrédulos admiten el primer hecho, i niegan el segundo: ¿pues por qué siendo las mismas pruebas dan sentencias encontradas? Porque un hecho lisongea su modo de pensar, i el otro

lo combate; la Religion les incomoda; ved aquí explicado todo el misterio.

Los Apóstoles abandonaron á Jesucristo antes de su muerte, i el primero de todos le negó tres veces, diciendo que no le conocia, *non novi hominem*; pero despues de haber sido crucificado, todos murieron por el Señor: luego los Apóstoles le vieron despues resucitado. Esta consecuencia es patente, pues es imposible señalar otra causa de la conducta distinta que tuvieron los Apóstoles con el Señor antes i despues de su muerte: i si hai otra, que la presenten los Impios.

Suponer que doce testigos, estando en su sano juicio, han depuesto con mentira en favor de la resurreccion de un muerto, diciendo que le han visto por sus ojos, sin tener en esto el menor interés; al contrario, sufriendo la muerte por sostenerla, i que con esta fabu lleven el mundo tras sí, bien puede ser un milagro físicamente, considerada la Omnipotencia de Dios, que dispone á su voluntad de las causas segundas; pero es imposible moralmente, si consideramos su sabiduría, que no puede permitirle que engañe á los hombres, trastornando las reglas de nuestros conocimientos. Con todo eso, si Jesucristo no ha resucitado, es forzoso suponer este prodigio injurioso á Dios: luego Jesucristo resucitó verdaderamente. *Surrexit vere*.

La fiesta anual, tan antigua como el Cristianismo, que la Iglesia continua celebrando, como una prueba fundamental de la Religion que profesa, es uno de los monumentos auténticos de este milagro i de su fé. Los testimonios que prueban este hecho, se hacen mas fidedignos cuanto mas se los examina.—Glorificado sea Jesucristo, doblese ante él la rodilla en toda la tierra: este siempre su nombre en nuestros labios, i su lei en nuestro corazon: testifiquen nuestros rendidos cultos nuestra creencia; i reciban estos altares la solemne obligacion que contraemos de profesar perpetuamente esta Religion Santa, cuyo indestructible fundamento serán para siempre los milagros, i principalmente el de la Resurreccion gloriosa de su autor.

## PARTE POLITICA.

### TRIBUNALES UNITARIOS.

Se está discutiendo en el Congreso la ley sobre tribunales, i no han faltado muchos Representantes que opinen por *Tribunales Unitarios*. Nosotros al considerar esta cuestion la miramos principalmente bajo el aspecto religioso, i así seremos muy concisos en nuestras observaciones, en las que nos servirá de guia una obra inédita de nuestro compatriota, el Sr. Gerónimo Torres, en su artículo Magistrados, la que esta de acuerdo con el Evangelio, que no admite tribunales unitarios.

(4) *Defensa del Cristianismo, tomo II.*

(5) *1. Jean, c. 1, v. 3.*

Jesucristo, en el capítulo 8.º del Evangelio de San Juan, v. 15, 16, 17 i 18, dijo: *Vosotros juzgais segun la carne: mas yo no juzgo à ninguno: i si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soi yo solo: mas yo i el Padre que me envió. En vuestra lei està escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soi el que doi testimonio de mi mismo, i testimonio da de mí el Padre que me envió.*

A nosotros, como Cristianos, nos bastaría la doctrina de aquel Supremo Juez, que en el último día de los tiempos, juzgará al mundo con los doce Apóstoles que predicaron en él la doctrina de Jesús Crucificado. Mas reflexionemos sumariamente qué es lo que ha puesto nuestra Nación bajo la custodia de un tribunal de justicia:—Los derechos mas preciosos de los ciudadanos, su honor, su libertad, su vida, sus propiedades:—No hai ptes accion social, ni casi doméstica, que no sea ó pueda ser de su resorte, ni poder público que modifique mas, en bien ó en mal, las habitudes de los pueblos. Para que ellos tengan una verdadera garantía en sus jueces, ellos deben ser ilustrados, sabios, laboriosos, íntegros, imparciales, incorruptibles, libres de pasiones, desnudos de acepciones, sin odio ni amistad, sin cólera ni compasion: ellos en fin, deben ser el escudo de la inocencia, el azote del crimen i la boca pura de la lei. Estas cualidades tan recomendables son bien difíciles de hallarse entre los jueces; pero nadie negará ser mas posible hallarlas en un tribunal compuesto de tres, que en el unitario, en el que si por desgracia se halla un juez indigno, ya el tribunal no es un asilo immaculado hasta en sus últimos reductos, sino una breña temible en donde las ovejas encuentran un lobo que las devora, sin hallar un defensor que las saque de sus garras.

Se nos dirá, que teniendo la República muchos tribunales de justicia i necesitando mas, es muy fácil hallar hombres con las cualidades que hemos exigido para los jueces, si en cada tribunal se ha de colocar uno solo. Mas à esto responderemos: 1.º que la multiplicacion excesiva de tribunales perjudica à la libertad, porque no es fácil componerlos de magistrados dignos, i cuando no lo són, sufren mayores violencias los derechos individuales: 2.º que la profusion de tribunales emanada de las tentativas inconsultas, de las innovaciones políticas, son muchas veces viciosas, indiscretas i precipitadas: 3.º que para que haya buena administracion de justicia, conviene que haya pocos tribunales i muchos jueces de saber i probidad en ellos: 4.º en fin, que mientras menos tribunales haya habrá menos litijios,

menos gastos, menos odios i menos enemistades; i si la buena administracion de justicia es la primera consecuencia radical de la asociacion de los hombres, tambien es la mas imperiosa necesidad de un Estado la moral i la paz que deben combinarse con aquella.

## MISCELANEA.

### LITERATURA.

LA DESTRUCCION DE JERUSALEN.  
*Poema dramático, por el Reverendo H. Milman.*

(Conclusion.)

El dia comienza à nacer: Simon contempla los Cielos con una inquietud mezclada de esperanza, i busca la señal de la próxima libertad de su patria. Lo que en Salomé no es sino el sueño de una imaginacion ardiente, es en él el resultado de una fé firme è inflexible, pero impura i ambiciosa. Sus meditaciones son interrumpidas por la llegada de Juan, el Saduceo, i de Arrariah su hijo, jóven vivo è impetuoso, que sin mezclarse en las discusiones religiosas ama i desea la guerra i se complace en los peligros i la carniceria: Eleazaro, i el Pontifice les acompañan. Juan insulta à su rival i le reprende à speramente; pero las trompetas que anuncian un parlamentario hacen cesar la disputa. Los Gefes se dirigen à las murallas, en donde Tito les intima que rindan las armas i se entreguen à su clemencia. Juan responde a esta proposicion por sangrientos sarcamos, i hostigaja el cuadro de las crueldades ejercidas contra los Judios fugitivos. Simon toma entonces la palabra, i hace à los Gentiles un discurso lleno de elocuencia i de fuerza. Despues de haber pintado el inmenso poder de Roma, tan débil delante del Señor, él exclama: «¡Orgullosos Gentiles! En este instante en que yo hablo marchais rodeados de ruinas i prodigios. El aire que respirais es pesado, sombrío, è impregnado de miasmas pútridos para vuestro exterminio. Si nuestra tierra, en su desden, soporta todavía vuestras legiones armadas, es porque espera con dolorosa impaciencia la señal de vuestra dispersion; ved! que las montañas se abatiran bajo vuestras sombras inmensas i amenazantes, i están prontas à lanzarse de sus bases para tragaros. Los vientos detenidos en su libre carrera suspiran por la presencia tardía del Omnipotente, que debe vengarnos, i nuestros antepasados desde el fondo de sus yerros: los vientos se rien de vuestros esfuerzos, i nuestros dignan al pensamiento profano de que nu



conquistador pagano aspire a triunfar de la Jerusalem del Señor. El abismo profundo i tenebroso del infierno se abrirá para tragarnos. Es allí que habitan los reyes soberbios i los gefes de la tierra, cuya orgullosa idolatria osó elevarse contra la Ciudad Santa i el pueblo de Dios; ellos te esperan, oh Tito! seducido por tus locas esperanzas, tú participarás su caída fatal i te unirás al Egipcio Pharaon, que se ahogó en el mar Rojo con su ejército; los reyes de Canaan, los Filisteos adoradores de Dagon, Moab, Edon, el feroz Amalék, i el Soberano de Babilonia, cuyos numerosos soldados cubrian estas mismas colinas donde brillan hoy vuestras lanzas. En el corto espacio de una noche el angel invisible del Señor hirió esta multitud con su ala sombría i muda, i el campo que la víspera resonaba con gritos de alegría, presentó a los primeros rayos de la aurora una vasta turba sembrada de cadáveres insepultos. Sennacherib tambien, todos, todos han mordido el polvo que cubrió sus osamentas. Despues ellos se avanzan i entonan un himno para celebrar la llegada de aquel que, semejante a ellos, ha vuelto sus armas impías contra los muros de Sion, i que en su miseria ha caído delante del Dios vengador de Israel.

Este discurso reanima el valor de los Judíos, que suplican a Simon que los lleve a la victoria. El historiador Josefo, entonces cautivo de los Romanos, dirige a los habitantes de Jerusalem una exhortación energética i fértil, en la cual procura mostrarles su error i los persuade a ceder a la fuerza, un dardo arrojado por Amariah le hiere i le obliga a detenerse. Este utraje acaba de allagar la piedad en el corazón de Tito, i se abandona al terrible impulso que le mueve a ejecutar la venganza del Cielo. Salomé que quiere ser testigo del combate sube, á los Bauctes desde donde ella describe á su hermana los progresos de los dos ejércitos, al travez de la niebla sangrienta que se eleva del campo de batalla, ella sigue con sus ojos á Amariah que ama, cuyos esfuerzos justifican su valor. Su lenguaje está lleno de poesía i de pasión. Mientras que este terrible espectáculo cautiva su alma entera, su hermana se une á las vírgenes de Israel que van á implorar al templo la protección del Altísimo, resuelta sin embargo á no reunir á ellas sus súplicas, sino á dirigir sus votos al divino Mesías. Un bello himno á imitación del canto de Moisés recuerda el piso del mar Rojo i los milagros que Dios hizo entonces en favor de su pueblo. El crepusculo de la tarde lucha con las últimas luces del día, cuando Salomé corre espantada.

Su velo flota detrás de su espalda, sus cabellos están desordenados; ella ha visto el triunfo de los Gentiles, i los defensores de Israel son rechazados. La voz ronca de Simon resuena á lo lejos avisando á los fugitivos. Ellos vuelven seguidos de Juan á quien acusan de haber conecitado por sus crímenes la desgracia de la Nación. Este último les enrostra á su vez sus crueldades, i su hipocresía. Esta escena es interrumpida por la entrada del Gran Sacerdote que viene á pedir justicia de la afrenta hecha á la magestad del templo. El nombre del Nazareno, del pretendido hijo de Dios, ha resonado en sus bóvedas sagradas: un adorador de Jesus se ha mezclado entre las vírgenes Israelitas. Salomé, creyendo que la culpable es Miriam, se lanza para denunciarla, pero sola, sin velo, en medio de un círculo de guerreros cuyas miradas se fijan en su rostro, su firmeza se debilita, ella duda, tiembla, i por último se acuerda de la súplica sensible que su madre le recomendó al exalar el último aliento de su vida, de amar i proteger á su hermana. Mientras que ella vacila entre un resto de ternura i un celo insensato, el pueblo cegado de su aspecto sobrenatural i conmovido por el falso profeta Abiram, pide a gritos su matrimonio con Amariah hijo de Juan, á fin de que cesase por este vínculo agrado la desunion de los dos Gefes. Simon consiente i juzga ver ya salir de esta union, formada en las agonias de Israel, el Mesías esperado largo tiempo. Mientras que ellos se entregan á los transportes de una alegría espantosa, Miriam se aprovecha de las tinieblas para ir á la fuente de Siloe á pesar de las nubes tempestuosas que descendian en el horizonte. Javah le ruega de nuevo que huya con él, i le recuerda las palabras de Cristo á sus Discípulos: « Cuando la desolacion habita en el lugar Santo, i que aquellos que están en la Judea se huyan á las montañas, la ruina de Jerusalem está decretada. » Vanamente implora en nombre de su amor; ella resiste i se separa sin esperanza de valverse á ver jamás.

Una calma siniestra, precursora de la tempestad, reina en la tierra i en los cielos, las lámparas nupciales se encienden i solarecen á lo lejos las ruinas, los cadáveres, i la multitud hambrienta que se agrupa en las calles de Jerusalem, ansiosa de saber las nuevas de gracias que la amenazan. El uno cuenta haber visto un meteorito suspendido por muchas meses sobre la Ciudad bajo la figura de una espada radiante, que se agitaba en los aires; el otro recuerda la luz que estalló al rededor del altar i del templo en la fiesta solemne de la Pascua. Un tercero

dice que el cielo del Norte apareció cubierto de carros de guerra i de hombres armados. De improviso la música resuena i en dulce melodía sale de la casa de Simon donde se celebran los ritos del matrimonio. Sus cantos describen las costumbres antiguas de los Judios, i su rica i brillante armonía forman un terrible contraste con los peligros i la desolación que reinan en la Ciudad Santa.

Algunos cantos à lo lejos repiten este coro: • Nosotras hemos llevado à la virgen à su dichosa morada al son de los tamboriles i de las harpas antiguas. Las antorchas del himeneo brillaban en las tinieblas, su manto de escarlata agitado por los vientos la cubria de la vista de los profanos, i la corona de rosas de Jericó que adornaba su cabeza, vacilaba en sus trémulas manos. ¡Oh Virgen de Israel! tú has dejado el regocijo, i los placeres huyeron de tu semblante angélica. Nosotras te hemos dejado en la puerta de tu esposo, pronto se abrirá para él i se calmarán las palpitations de tu corazón. No temas porque los cantos armoniosos te anunciarán al instante la venida de tu bien amado.”

*Primer Judío.* Estos cantos de alegría celebran el matrimonio de Amariah con la bella Salomé. La tierna virgen no ha dejado la casa de su padre como lo ordenan nuestras leyes, se ha temido à los peligros que nos rodean; pero el esposo prepara el tálamo nupcial.

Una voz se hace oír: ¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Desgracia!

*Segundo Judío.* ¡Ay de mí! Este es Jesús hijo de Anan.

*Tercer Judío.* ¿qué dice él?

*Segundo Judío.* ¡pues que eras tú tan extranjero en Jerusalén que no conoces à este temible profeta? El Judío cuenta entonces como Josué hijo de Anan fue poseído de un espíritu profético en la fiesta de los tabernáculos i gritó: ¡Desgracia à Jerusalén! Desgracia à su pueblo! i hace siete años que él repite estas siniestras palabras en despecho de las persecuciones que se le han hecho sufrir; i que, en fin, él ha cesado su grito lamentable desde el principio del sitio, que parece confirmar su triste predicción. Pero en este instante él fué interrumpido por el Profeta mismo: ¡Desgracia! ¡Desgracia! una voz ha salido del oriente! Una voz ha salido del occidente! Una voz contra Jerusalén, i contra el templo del Señor ¡Una voz amenaza à las vírgenes prometidas a sus esposos, i à todo el pueblo escogido! Desgracia! Desgracia!

*Segundo Judío.* Estas son siempre las palabras que hace largo tiempo repite, i sin embargo

me parece distinguir una especie de triunfo solemne en sus acentos que hasta hoy no me habian conmovido. Sus ojos en otro tiempo fijos contra la tierra lanzan ahora al rededor de sí miradas inquietas como si contemplase, con un asombro mezclado de aflicción nuestra ruina. ¡Silencio! yo oigo nuevos tonos.”

*El coro de las jóvenes.* Celebremos en nuestros alegres cantos la esposa de la raza de David. Su seno agitado se levanta i abate con un dulce imperio. Sus ojos cubiertos por sus grandes párpados se parecen à las violetas cuando el rocío de la tarde brilla en gotas como perlas sobre su caliz medio cerrado. Cubierta de su velo virginal ella permanece inmóvil i silenciosa hasta que la amiga de su infancia vuelva. Entonces ella se levantará i le saludará con su talla esvelta i graciosa. ¡Paz....! De quien estos sonidos dulces i armoniosos anuncian la presencia? La puerta se abre ¡Es! ¡es él! Nosotras celebramos la venida del bien amado. Así nuestras líras corresponden à sus alabanzas. ¡O virgen de Israel! tú sola posees el arte de agradarle, tú sola puedes excitar su atención i enternecer sus languidos ojos.”

*Josue hijo de Anan.* Desgracia! Desgracia! Voz del oriente! Voz del lado del occidente! Voz contra Jerusalén i contra el templo del Señor! Voz contra las vírgenes i sus amantes! Voz contra el pueblo de Dios! Desgracia! Desgracia!

Bien presto el Gran Sacerdote se avanza su éfodo brilla al través de la obscuridad de la noche, su mitra de oro luce como una lámpara encendida, las campanillas que guardan su larga ropa anuncian à lo lejos su proximidad. Cuando estaba en el Santuario él ha sentido el pavimento del templo moverse debajo de sus pies. Las columnas han temblado sobre sus bases, el arca se ha conmovido, un ruido espantoso ha resonado en el lugar santo, una voz ronca como el trueno ha proferido estas palabras terribles: “Salid de aquí.”

*Muchos Judios.* ¡O dolor! ¡Hablad! ¡Hablad! ¿Qué otros prodigios asombrosos habeis vos presenciado?

*El Gran Sacerdote.* ¡Hay de mí! Me parece que yo acababa de ser desterrado del templo, i yo me huiré lejos de su recinto desierto.

*Muchos Judios.* ¡O Dios de Israel! Padre de nuestros padres, por qué tu nos has abandonado.....!!!

El coro de las vírgenes repite aquí sus himnos de alegría. Un guerrero judío llega sobre el teatro de desolación. El agita al



espanto del pueblo la relacion de muchos horrores. Una madre ha llevado el puñal en el seno a un hijo i ha devorado sus miembros palpitantes.

*El coro:* Regocíjate bella i modesta esposa. ¡Regocíjate! El orgullo i la alegría morarán en la casa. Tu te elevarás como una viña fecunda rodeada de tiernos rebaños: la maldicion de las esposas estériles no se agravará sobre tu cabeza: bien presto tendrás un infante dormido en tus brazos, que te hara probar los dulces encantos de la maternidad. Una serie de horas deliciosas borrará la memoria de algunos instantes de dolor i de pena. ¡Regocíjate hija de Isrrael!»

Juan i Simon salen del banquete nupcial i ellos oponen a la consternacion del pueblo las vanas esperanzas i previenen a los ciudadanos que se retiren a sus casas. Después ellos se separan para entregarse a los pensamientos quiméricos de los honores que esperan de su casa. Jerusalén queda silenciosa como la tumba. Miriam atraviesa sola las calles abandonadas, cuando de improviso la tempestad estalla en los cielos, el crujido de las maquinas de guerra, la caída de los muros que ellas destruyen, i los gritos de los soldados enemigos que se mezclan a los estallidos del rayo, los Romanos han entrado en la ciudad. Los Judios espantados se precipitan en tropes hacia el templo a fin de buscar un refugio contra la carnicería i la muerte. Simon procura disipar sus terrores, él les promete su libertad pronta i cierta, él les asegura que Dios mismo se declara por ellos, i que anonadará con los rayos a los enemigos de Israel. Mientras que Miriam recorre con un paso vacilante las avenidas que conducen al Palacio de su padre, ella encuentra un viejo que ha sido testigo del suplicio de Cristo, i que ha exclamado: *¡Que su sangre caiga sobre nosotros i nuestros hijos!* El cree, pero tarde, en la Divinidad de aquel que ha maldecido. Lleno de desesperación rechaza los consuelos i las esperanzas de salud que le ofrece la dulce Miriam: él la deja colmándola de

imprecaciones. Ella percibe entonces la morada de sus padres consumida por las llamas. Salomé se lanza en medio del incendio; la corona virginal todavia ciñe su frente i sus trenzas flotantes: la mantilla nupcial cubre sus espaldas; pero sus ojos han perdido su brillo. Ella está pálida media desnuda, i la sangre que corre de su seno ha empapado sus vestidos. Despierto de improviso por el tumulto de las armas Amariah se arroja fuera de su tálamo; él ha visto el triunfo de los Gentiles, ha oido los gritos de alegría de los feroces guerreros; en su delirio, él se vuelve cerca de su tierna esposa i la asesina para ponerla a cubierto de la brutal insolencia de los vencedores. Salomé espirante llama a su bien amado; ella muere entre los brazos de Miriam. Mientras que esta se abandona a su dolor, un soldado Romano la lleva i la arrastra lejos de este lugar horroroso.

La escena cambia entonces i no transporta delante del templo. Juan ha sido hecho prisionero; su hijo Amariah ha caído bajo las espadas enemigas; pero Simon espera todavia, él aguarda los auxilios celestiales. La llama roja que se eleva del Santuario abrasado, le parece la señal precursora de la venida del Altísimo, Tito se adelanta; vanamente ordena que se conserve al templo. Simon cae en poder de los Gentiles i reconoce al fin en el incendio del velo que oculta a las miradas profanas del Santa Sanctorum, el simbolo de la colera del Señor, que abandona el pueblo rebelde de Judá. Sin embargo el soldado Romano conduce a Miriam a la fuente de Siloé i le descubre a ella en el instante en que se arroja a sus pies para suplicarle que la inmolese a su venganza. Era su fiel Javan, que ayudado de esta estratagemá ha conseguido salvarla. Torrentes de llamas i de humo cubren a Jerusalén; el Templo aparece todo incendiado i su ruina tiene alguna cosa de solemne i de divino. Rodeados de cristianos los amantes, poseídos de respeto i de espanto, contemplan el cumplimiento de las temibles Profesías. Un himno, en el cual la desolacion del

magnífico edificio está pintada como emblema i la imágen del Universo, termina majestuosamente el poema. J. M.

## CARTAS AMERICANAS.

### Sobre Educacion.

#### CARTA I.

Mi querido amigo.

Me pides noticias de Filaretess, i yo no puedo satisfacer tu curiosidad sino trayéndolas desde su origen. Tú sabes cuanto interés tomaron sus padres en que los primeros pasos de este niño no desmintiesen la acertada eleccion de su nombre: querian lograr un hijo sano, i vé aqui lo que hicieron. Su propia madre fué su nodriza, i cómo podia abandonarlo, cuando las mismas fieras no son capaces de hacerlo?

«¿Qué importa á su ternura la fatiga?

En su hijo, i no en si misma está viviendo.»

Pocos meses dura la lactacion: esta se reemplaza con alimentos mas nutritivos, como los arinosos, las féculas i los azucarados: se le saca al aire libre para que haga mucho ejercicio, ya en brazos, ó bien haciendo peninos: se baña con frecuencia; i se vé que el niño ha adquirido una robustéz notable. Bien sabian sus padres que el agua tibia, el mucho abrigo, i el extremado constreñimiento no producen sino criaturas débiles, enclenques i enfermitas para toda la vida.

Jamás permitieron que lo asustasen con el coco i el bú, práctica perjudicialísima, i digna de castigo; ni que se rozase con los criados, entre quienes son tan raros los muchos ejemplos: dejaron á la eleccion del niño el género de entretenimiento que pudiera convenirle. No imitó las ceremonias de la Iglesia, pues parece que desde tan tierna edad presentia la santidad de ellas para convertirlas en juego, a pesar de su inocencia: tampoco se ocupó de ejercicios marciales, pues ni las puntas de las bayonetas de caña, ni la pólvora respetan la imprevisión. El trompo, la pelota, los bolos, el cometa i la natacion

al cuidado inmediato de su ayo, bastaban á sus deseos. No se le vió arrojar piedras á las gentes, ni atormentar á los animales: su corazon era bueno, i no queria para otros lo que resistiria que le hicieran á él. Para coger una fruta que se le pedia, no desgajaba el ramo, como hacen ciertos salvages, que han dado la idea tan clara como terrible del despotismo.

Ya lo tenemos en la escuela. Para cumplir con las obligaciones que acaaba de contraer, se levanta mui de mañana, reza, se lava, se peina, se limpia los dientes, i se cubre con un traje modesto. Oye misa, estudia su leccion, i en seguida se desayuna mui ligeramente. ¿Pero qué tiene que ver la devocion con el estudio? preguntará ahora alguno; i estoi seguro que si Filaretess lo oyera, le responderia: «por qué los legisladores, los magistrados i los jueces no se creen dignos de llevar el titulo de hombres, sino llenan bien sus deberes?--Porque sus funciones emanan de una fuente divina.--¿I no será permitido que se acostumbre el niño desde sus primeros años á beber en esta misma fuente?

«Padres de familia,» decía un pagano, «no se oiga jamás en vuestras casas una palabra deshonesta; no se vea en vosotros accion que no sea decente. Es preciso mirar á los niños, i obrar delante de ellos con mucha circunspeccion; i por mas tierna que sea su edad, no por eso seais menos contenidos en su presencia. Deténgalos la inocente edad de vuestros hijos en el punto mismo que vais á precipitaros en el desorden.»--Este ejemplo lo tenia nuestro jóven alumno constantemente delante de su vista; ejemplo que se corrobora con este dicho de un sabio: «que es tal la condicion de los superiores, que parece que mandan todo lo que hacen.» Filaretess adelantaba sobre manera: tiene amor al estudio, i sabe emplear su tiempo; no conoce la envidia, no se mofa de sus condiscipulos, ni se jacta de su talento: la escuela es para él un asilo religioso, i vé en su maestro un segundo padre. Tal aplicacion, reunida á una conducta irrepreensible, le ha-

cieron obtener los premios de la virtud i del saber.

Es necesario que nuestro jóven amigo siga su educaci6n en un colegio. ¿Se resolverán sus padres á enviarlo? ¿I por qué no? «La ociosidad sin el auxilio de las letras es una muerte, i como la sepultura de un hombre vivo.»—El aprovechará siempre, pues no olvidará nunca, que «no hemos nacido para nosotros, sino para la República.» Ya verás qué buenos ratos nos va á proporcionar en lo futuro.

### EL DESAFIO.

Cualquiera desafio es reprobado  
Por lei divina i natural derecho,  
Cuando no va el designio enderezado  
Al bien comun i universal provecho;  
Y no por causa propia i fin privado,  
Mas por autoridad pública hecho,  
Que es la que en los combates i esta-

cadadas Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafio  
Es de derecho i de costumbre usada,  
Pues con el ser del hombre i albedrio  
Juntamente la ira fué criada:  
Pero sujeta al freno i señorío  
De la razon, á quien encomendada  
Quedó para que así la corrigiese,  
Que los términos i votos no escediese.

Y el profeta nos da por documento;  
Que en ocasion i á tiempo nos airemos,  
Pero con tal templanza i seguimiento,  
Que de la raya i punto no pasemos:  
Pues dejados llevar del movimiento  
El ser i la razon de hombres perdemos,  
I es visto que difieren en mui poco  
El hombre airado, i el furioso loco.

Aunque se diga, i es verdad que sea,  
Impetu natural el que nos lleva,  
I por la alteracion de ira se vea,  
Que á combatir la voluntad se mueva  
La ejecucion, el acto, la pelea  
Esto que se condena i se reprueba,

Quando aquella pasion que nos induce  
Al yugo de razon no se reduce,

Por donde claramente si se mira  
Parece como parte conveniente

Ser en el hombre natural la ira,  
En cuanto á la razon fuese obediente:

I en la causa comun puesta la mira,  
Puede contar Campion, el combatiente,

Usar de ella en el tiempo necesario,  
Como contra legítimo adversario,

Mas si es el combatir por gallardia,  
O por jactancia vana, ó alabanza,

O por mostrar la fuerza i valentia  
O por rencor, por odio, ó por venganza

Si es por la declaracion de la porfia,  
Remitiendo á las armas la probanza,

Es el combate injusto, es prohibido,  
Aunque esté en la costumbre recibido.

*Ercilla, Poem. Ar. c. XXX,*

### LA RESURRECCION DE JESUS.

Jerusalen en vano pretendia  
Del dulce sueño placidos favores,  
Que el cuadro fiel de todos sus horrores  
En cruel letargo estremecer la hacia,  
Ninguna voz el égo repelia,  
Cubrian los montes húmedos vapores,  
Lanzaba el Cielo pálidos fulgores,  
Era de noche, el huracan dormia,  
Mas ¡o gran Dios...! La lobreguez austera  
Se torna en luz, i un himno delicioso  
Sublime llena la esmaltada esfera.  
Tiembla el malvado absorto i temeroso;  
Mientras aquel que al báratro venciera  
Vence á la muerte en su recinto umbroso.  
M. Medrano.

### MUERTE DEL ATEO.

En vano el Ateo fiero  
De espíritu fuerte blazona  
Cuando su razon abona  
El sofisma mas lijero.  
Con ridicula mania  
Desmiente la viva voz  
De la mas bella armonia.  
Mas cuando la muerte atroz  
Trae el último momento  
Se acaba el atrevimiento  
De que antes se envanecía.  
(Potain, Oda sobre los descarríos del hombre.)

Bo gotó, impreso por J. A. Cualla,